

MONTEVIDEO: LUCES Y SOMBRAS DE FIN DE SIGLO.

Arq. Mariella Russi Podestá*

*"... el futuro parece haber perdido ya su fascinación. ¿Dónde están Flash Gordon, las naves espaciales y las megaestructuras? ¿Dónde la civilización tecnológica del nuevo ocio, dónde el Admirable Mundo Nuevo? ¿Cambió el futuro o cambiamos nosotros?"*¹

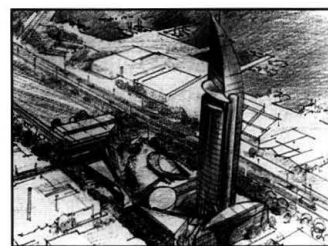
El siglo XXI está próximo. Lejanas están ya las ingenuas profecías tecnológicas y el cambalache discepoliano parece cobrar nueva fuerza en un mundo sin dioses y sin mitos. Montevideo enfrenta un nuevo fin de siglo, desaparecidas las expectativas de un futuro mejor a impulsos del progreso que nos prometiera la modernidad y sabiendo que no puede esperarse ni un final apocalíptico ni un hollywoodense final feliz, tal como la cultura posmoderna se encargara de explicar-nos algunos años atrás.

El Uruguay finisecular comienza, sin duda, en la posdictadura, como sostiene Achugar², como escenario de la retórica y la crisis, de la falta de proyectos y de sueños. Casi totalmente agotados los mi-

tos fundantes del estado moderno: «la Suiza de América», «la Atenas del Plata» o «como el Uruguay no hay», el país presencia sin interés la agónica definición de la participación de la celeste en el último campeonato mundial de fútbol del siglo, evocando con nostalgia la época dorada de aquel lejano «Uruguayos Campeones de América y del mundo».

Un siglo nos separa del inicio de la construcción de una identidad nacional apoyada en un ideario colectivo sustentado en la supuesta excepcionalidad del país, de un proyecto de cambio que encuentra sus canales en una modernidad que proclama el triunfo de la ciudad sobre la campaña como símbolo de civilización. El cambio se sabe necesario a los efectos de instaurar un nuevo orden, expresión de la Verdad y, por lo tanto, de la Razón.

La crisis de 1890 acelera ese cambio y propicia una introspección de la que surgen los modelos de desarrollo nacionales. En ese sentido, existen múltiples versiones coexistentes del Uruguay del 900 puesto que existen otros tantos proyectos de futu-



Torre de las Comunicaciones

¹ Verde Zein, Ruth. «Arquitectura en el siglo XXI: ¿fin de las utopías o su realización?», en *Summarios N. 122*, Ed. Summa, Bs. As., marzo-abril 1988.

² Achugar, Hugo. «La balsa de la medusa», Ed. Trilce, Mvdeo, 1992.



ro. Uno de ellos, la utopía batllista, marcará fuertemente nuestro destino.

El Montevideo finisecular es el gran escaparate del país abierto al mundo y se puebla de arquitecturas que exorcizan definitivamente su pasado colonial: teatros, tiendas, clubes, cafés, grandes mansiones y estaciones de ferrocarril son, a su vez, el corolario de la aventura iniciada con el Teatro Solís y el prolegómeno de la construcción de su monumento principal ideado desde comienzos de nuestro siglo: el «Palacio de la Leyes», construido, como decía Batlle y Ordóñez, «para los siglos», como expresión de la fuerza de la institucionalidad.

Así, Montevideo llega al siglo XX pisando fuerte. El país entra en un nuevo orden y la ciudad se tiñe de los signos de una modernidad que tiene su punto culminante en el que puede considerarse su emprendimiento más monumental: la Rambla Sur. Montevideo se abre al río al que había dado la espalda y crea un paseo costero acorde con los nuevos tiempos a la par que borra las trazas de un «bajo» indigno de su presente.

Este nuevo fin de siglo enfrenta una vez más al país con la idea de cambio, pero se trata ahora de un cambio sin objetivo claro. La obsesión del cambio parte de los diagnósticos en los que se rinde culto a la eficiencia sin determinar con claridad los valores a los que se debe apuntar.

Si la estructura urbana de Montevideo estuvo hasta hace poco calificada por la representación del poder público; la fragmentación social, la creciente descentralización del poder, la relevancia de la acción privada y los cambiantes usos del espacio alteran su personalidad y la fragmentan en una trama intrincada y discontinua de imágenes del presente que se superponen a los sueños del futuro y a los proyectos abandonados.

Montevideo ya no es ese balcón al mar de un país en equilibrio, es un mundo fragmentado por la diversidad de códigos. Si bien conserva una escala casi ideal y no puede considerarse estrictamente una metrópolis —salvo que este término se emplee para designar una categoría de análisis—, Montevideo parece hoy querer catapultarse a simulacro de metrópolis.



Parque de las Esculturas



Explanada de la Intendencia Municipal



Hoy coexisten una ciudad formal con su periferia y una ciudad marginal a la que se quiere aplicar las reglas de juego de la cultura hegemónica. Se sufre un proceso de fragmentación social que lleva a nivel urbano a una suerte de «guettización».

Las viejas tensiones entre el «adentro» y el «afuera» a las que se refiere Achugar como características de un país frontera llevan hoy a reproducir en Montevideo espacios artificiales, simulacros del primer mundo, que son parte del «afuera» contruidos «adentro». Estos espacios para el consumo plasman las apetecias de un sector de la población en escenarios que contrastan con los espacios de la memoria, del Montevideo que ya no es.

La ciudad contemporánea es la gran sede del consumo, descentrada y rearticulada a impulsos individuales más que por las lógicas del trabajo, y los nuevos guettos de la riqueza muestran una vez más la sumisión conservadora a las pautas de vida establecidas y externas.

La pérdida de significado del centro como espacio de representación y convo-

catoria por excelencia parece ser una de las características de este fin de siglo. La acción municipal apunta a redefinir sus espacios públicos en procura de incidir en la pugna por la reconversión del centro o su supervivencia entre los fantasmas de un pasado mejor. La pérdida de convocatoria no puede ser explicada de manera simplista por la aparición de nuevos elementos de atracción para la ciudad del consumo. Estos simulacros urbanos representan, más bien, una nueva versión de la tensión entre el «adentro» y el «afuera».

Reconocer esta nueva complejidad parece ser la clave de la interpretación que habilite las políticas urbanas. Como decía Prigogine, es necesario «reconocer la complejidad, hallar los instrumentos para describirla y efectuar una relectura dentro de este contexto».

Debe, por tanto, admitirse que estos fenómenos de fragmentación y descentramiento son nuevos y no el estadio transitorio de una evolución que culminará en la recreación de un orden armónico en el sentido tradicional.



Entrada Punta Carretas Shopping



Orden y desorden, orden y caos, orden y nuevo orden son temáticas del debate disciplinar actual, con una fuerte crítica a la ilusión del control total de la ciudad moderna que a lo largo de este siglo el urbanismo pretendió lograr con parámetros básicamente definidos desde la cultura arquitectónica hegemónica. De alguna manera, Corinna Varricchio lo expresa con claridad cuando dice: «Mientras Periferia crecía por la calle, sucia, desordenada, frecuentando malas compañías y jugadores de flippers, Planificación, resguardada en los estudios profesionales por los arquitectos y urbanistas, crecía debilitada y exangüe, superada por la carga de responsabilidades que debía afrontar».

En los últimos tiempos el centro, con su Av. 18 de Julio como columna vertebral en la que se concentra la carga significativa en monumentos y espacios relevantes, deja de ser el lugar de la autorrepresentación³. Hoy se consume en shoppings e hipermercados, se baila en megadiscos y se puede vivir y trabajar en edificios inteligentes. Incluso, si uno pertenece a la generación X como el hercúleo contador de un anuncio publicita-

rio, puede aspirar a tener su estudio profesional en un edificio de oficinas- inteligente, por supuesto- que se entrega con su equipamiento informático de última generación. Hoy es tiempo de condominios, countries y cementerios privados, es tiempo de individualidad. Parecería, en ese sentido, que uno puede vivir al margen o con prescindencia de la ciudad tradicional.

Sin embargo, a pesar de ello y de otros signos de metropolización y, a pesar también, de aquellos espacios como el de Tres Cruces que parecen estar determinados exclusivamente por flujos de distinta naturaleza y en los que coexisten signos y mensajes -basta recordar el Obelisco a los Constituyentes, la cruz metálica y la antena de televisión-, Montevideo ha hecho su apuesta.

Como lúcidamente dijera el Arq. Urruzola hace algunos años: «La ciudad está en crisis. Aunque para ser más exactos deberíamos decir que son los viejos equilibrios urbanos de Montevideo los que están en crisis»⁴, al referirse a la inexistencia de un proyecto global que contem-



Terminal y Shopping Tres Cruces

³ cf. García, Marisa; García Miranda, Ruben y Russi, Mariella: «La historia no es lo que solía ser», en *Arte y Poder*, CAIA, Bs. As., 1994.

⁴ Urruzola, Juan Pedro: «Nuevas centralidades o viejos problemas», en *Revista Elarqa* N. 12, Mvdeo, dic. 1994.



ple esos cambios, esas nuevas tensiones que afectan la estructura y la imagen urbana.

Montevideo se redefine, como toda ciudad que sabe que su identidad no está establecida para siempre, sino que es una construcción inacabada y cambiante. Es obvio que, hoy día, nuestra capital es inaprehensible dentro de un único sistema descriptivo y que intentar explicaciones globalizadoras lleva a un reduccionismo simplista, vinculado con la tradición reguladora relacionada con la mecánica newtoniana.

Un nuevo intento de entender la realidad urbana implica admitir incertidumbres, discontinuidades, arbitrariedades, en un mundo en que algunas cosas parecen carecer de sentido. Más aún, debería recordarse que la ciudad no se diseña exclusivamente en los espacios públicos del sector formal, que existe una periferia y una «marginalia» que se autoconstruyen y que los múltiples abordos disciplinares deben abarcar desde los equipamientos hasta las redes de infraestructura.

Hoy no es posible pensar en un centro monopólico ni apostar a una descentralización como valor en sí mismo, sino que es necesario estructurar esa descentralización a partir de los requerimientos y las complejidades crecientes.

El reconocimiento del centro como valor cultural, con su capacidad de aglutinamiento, de referencia, de cohesión frente a la fragmentación creciente, el centro con su valor conmemorativo y laudatorio, motiva intervenciones en sus espacios públicos. El diseño y equipamiento de plazas y peatonales pretende redefinir espacios de interés teniendo como coprotagonistas a la comuna y los agentes privados. Proyectos discutibles en muchos casos, tanto por sus cualidades como por los usos propuestos, muestran, sin embargo, una preocupación por la pérdida de valores de un área importante de la ciudad.

El espacio público vuelve a tener protagonismo en la ciudad. Prueba de ello son los espacios que conjugan los nuevos lenguajes con las calidades que retoman el



Plaza 1° de Mayo



Avda. 18 de Julio



Plaza del Entrevero



espíritu de nuestra tradición urbana: la Plaza de los Mártires de Chicago, el monumento al Holocausto del Pueblo Judío y el Parque de las Esculturas de la Casa de Gobierno, a modo de ejemplo. Con diseños diversos como diversa es la cultura arquitectónica contemporánea, vuelven a enfatizar los valores artísticos como prioritarios en la cultura urbana.

Pero más allá de estos escenarios, en un fin de siglo en el que uno podría creer en la imposibilidad de reconstruir la comunidad a través de la ciudad como objeto cultural, Montevideo vuelve a apostar por la disciplina urbanística.

Renovando la fe en la creatividad, Montevideo enfrenta el fin de siglo con un Plan de Ordenamiento Territorial, que muestra la aspiración a imaginar nuevas estrategias, como apuesta a la planificación como instrumento de gestión del territorio que se apoya en una idea de ciudad abierta y democrática.

Es ésta una apuesta importante, que debe partir del reconocimiento de una realidad compleja y fragmentada que incide en

un plan que debe necesariamente contemplar la variedad y multiplicidad de realidades coexistentes.

Pocos años atrás señalábamos con el Arq. García Miranda que los arquitectos, reconcentrados en el diseño de fragmentos urbanos, ensimismados en los detalles, habían perdido la capacidad de pensar la ciudad globalmente⁵.

El desafío finisecular impulsa a repensar la ciudad, a volver a soñarla como obra colectiva, como totalidad. Una totalidad compleja, que integre los fragmentos sin pretender recomponer una figura única. Una totalidad que no parta de las aspiraciones clásicas de armonía sino de una apertura a estrategias diferentes. Una totalidad en la que coexistan tiempos e imágenes.

Una totalidad, en suma, que aspire a un nuevo concepto de orden, que considere, como sostiene James Gleick en su obra «Caos», que «la nueva geometría refleja un universo áspero, no liso, escabroso, no suave. Es la geometría de lo picado, ahondado, quebrado, de lo retorcido, enmarañado y entrelazado».



Monumento al Holocausto del Pueblo Judío

⁵ *García Miranda, Ruben y Russi, Mariella: «Los arquitectos ya no sueñan la ciudad». Ponencia presentada en el XI Encuentro de Arquitectos del Cono Sur, Mvdeo, 1994.*



Liberarse de esquemas rígidos para definir las estrategias que apunten a la ciudad tal cual es, no en su estado puro, ideal, como ha sido la tradición, sino en su forma compleja, contaminada, plural, parece ser una forma de abrir nuevos caminos.

La disciplina urbana enfrenta, así, en Montevideo, el nuevo fin de siglo procurando una ciudad más democrática, con una actividad que se nutre de los múltiples elementos constitutivos del colectivo para integrarlos a una nueva totalidad y que se basa en una selección de políticas para las distintas áreas, de actuaciones infraestructurales, de proyectos y planes estratégicos y una organización de los modos de gestión democrática. Tal vez sea, este fin de siglo, tiempo de volver a soñar la ciudad.

**Arq. Mariella Russi Podestá.
Profesora Titular de la Cátedra de
Historia Universal de la Arquitectura*



Interior Punta Carretas Shopping